

mientras que los esposos Sulzer se disponían á servirle, (así lo atestiguan el metro depositado en la mesa, las tijeras que conservaba el cadáver y una pieza de tela cortada,) el asesino descargó sobre ellos el golpe, los degolló, registró los bolsillos del marido cogiendo sus portamonedas, vació la cartera que apareció en el suelo, y subió á la habitación del primer piso, donde cogió algunas manzanas.

Como, en provincias sobre todo, es preciso dar una satisfacción á la opinión pública, y el crimen había producido profunda emoción, se prendió á una pareja de pobres diablos que debían algún dinero á las víctimas, y que en los primeros momentos no pudieron probar la coartada.

Las cosas estaban en tal estado cuando un nuevo crimen vino á aterrorizar á la población.

No habían transcurrido dos meses del asesinato de los esposos Sulzer, cuando aparecía en Pont-à-Mousson otro cadáver.

Un martes por la tarde el niño Ferry, hijo de un tratante en maderas, salía de la escuela y entraba en casa de sus padres, calle del Centro.

Con gran extrañeza encontró las puertas cerradas con llave.

No solamente estaba cerrada la casa sino el departamento donde se almacenaba la madera.

No pudiendo comprender lo que pasaba, el muchacho dió cuenta á los vecinos de lo que sucedía.

Acudió la gente á fin de esclarecer el misterio. Llamaron á un cerrajero para que abriese las puertas, y se registró la casa por todas partes.

En una habitación, se encontró á la señora Ferry que yacía inanimada en tierra. La pobre mujer estaba muerta.

Había recibido un golpe terrible en el cráneo, y ofrecía junto á la oreja derecha una pequeña herida.

Los bolsillos estaban manchados por la sangre de las manos que los habían registrado.

Después de haber golpeado á su víctima, el asesino, le había cortado el cuello con increíble destreza.

Todos los muebles de la habitación habían sido abiertos y minuciosamente registrados.

Todo denotaba que el robo había sido el móvil del crimen.

En el momento del atentado la pobre mujer hallábase sola en la casa. Su marido encontrábase ausente de Pont-à-Mousson, ocupado en compras de madera para su negocio.

Esta circunstancia, probablemente no la ignoraría el asesino.

El misterioso agresor no solamente era ávido y cruel; además, era un cobarde, porque

trataba de esquivar, el encuentro con los hombres.

Si tuvo que habérselas con el judío Sulzer, fué por efecto de un encuentro imprevisto, no por un propósito deliberado y de antemano decidido.

En cuanto anochecía, todo el mundo se cerraba en su casa, tomando toda clase de precauciones para barricar sólidamente su puerta y ponerse en seguridad.

Un tercer crimen ocurrido tres días después, produjo el colmo del terror en el pacífico vecindario de aquella pequeña villa.

La viuda Francois, una buena mujer de cuarenta y dos años, tenía en Pont-à-Mousson, camino de la Cordelería, en el ángulo de la calle Planchotte, un modesto establecimiento de bebidas y un juego de bolos, á donde los obreros acudían los días festivos.

Algunos obreros que se dirigían de mañana á su trabajo, hicieron escala en casa de la viuda para tomar una copa, como acostumbraban hacerlo diariamente.

Quedaron sorprendidos por un inesperado espectáculo, en cuanto traspasaron el umbral de la puerta y pusieron el pie en aquel recinto, de ordinario tan tranquilo.

La dueña del establecimiento yacía en tierra inanimada.

Su mano crispada y rígida conservaba todavía un mechón de cabellos.

La estufa estaba rota y derribada en el suelo. Aquella circunstancia inducía á creer que entre el asesino y la víctima habíase entablado una lucha.

Pero, ¿quién era el asesino?

¡Misterio, siempre el misterio!

La viuda Francois tenía un lado de la cara destrozado por el golpe. Su ojo izquierdo salía de la órbita.

El asesino, probablemente el mismo que el de los dos anteriores crímenes, no había degollado á esta víctima como á los dos anteriores. Hizo uso del martillo, pero no del cuchillo.

Pero no por esto su ferocidad había sido menor en esta nueva fechoría.

La información judicial demostró, en este sangriento suceso, que el crimen debió cometerse á las nueve de la noche.

Sobre la mesa del establecimiento encontróse una botella de vino y un vaso.

El asesino no había probado este líquido, que probablemente pediría al entrar en casa de su víctima.

En cuanto la noticia se esparció por Pont-à-Mousson, prodújose en la villa un movimiento de terror pánico. Desde aquel momento to-

(Continuará.)